

Hacer la felicidad

Antonio Medrano

¿Para qué actúan los seres humanos? ¿Por qué hacen todo aquello que hacen? ¿Cuál es la razón o el motivo que les mueve a la acción? La respuesta es bien sencilla: para ser felices; porque están movidos por un innato deseo de alcanzar la dicha y la ventura.

Este es, a la postre, el móvil de todos los actos, grandes o pequeños, sensatos o insensatos, diestros o torpes, bienintencionados o malévolos, acertados o no, que realizan hombres y mujeres a lo largo de su vida. Aunque muchas veces se expresen y encauce de forma errónea, eligiendo caminos y medios equivocados para satisfacerlo, todos nos vemos impelidos por el mismo anhelo; todos vamos buscando lograr un estado de mayor felicidad, bienestar y satisfacción, y para ello llevamos a cabo las acciones y actividades que configuran nuestra existencia. No hay nadie que obre para ser infeliz o desgraciado..., aunque de hecho sea tal cosa lo que muchos consiguen con su obrar improcedente, injusto o incorrecto.

Por eso, el hombre inteligente se esforzará por adecuar sus acciones a la norma que le permite alcanzar de la manera más segura posible ese anhelado objetivo. Procurará conocer cuál es el comportamiento adecuado para ello; es decir, cuáles son aquellas acciones que deben realizar y cuál es la forma correcta de hacerlas (lo que implica, evidentemente, saber cuáles son las acciones que hay que evitar y cuál es la actitud adecuada para poder evitarlas). Y se aplicará con diligencia y tenacidad a poner en práctica tales conocimientos.

Con su sobriedad y rigor característicos, Jaime Balmes supo plasmar todas estas ideas en escueta fórmula, al enumerar los tres factores determinantes en la vida humana; tres factores que se suele ignorar, de la misma forma que se desconoce la relación existente entre ellos. Según el filósofo catalán, estos tres factores son: la inteligencia, que es “la luz que guía”; la moral, que es “la ley que arregla y armoniza”; y la felicidad, que es “el término y el premio”.¹¹ Y donde Balmes dice “moral”, podemos entender “criterio de la recta acción” o “norma que rige la acción y la conducta”, pues, aunque como veremos más adelante, la vía de la recta acción rebasa los límites de la moral tal y como ésta normalmente se entiende, sí puede ser concebida como una moral, en el sentido del *Yama* y el *Niyama* del Yoga, pues se trata de una alta moral o una moral integral

11. J. Balmes, “Pensamientos”, en *Obras completas*, Biblioteca Balmes, Barcelona, 1923, Vol. XIV, p. 216.

de la que nada queda excluido y que abarca aspectos del quehacer humano que la moral al uso deja por completo al margen.

Como criterio básico, se podría decir que el fin de la recta acción no es otro que hacer la felicidad: la felicidad propia y la ajena. Pues en realidad ambas cosas, la felicidad mía y la felicidad del prójimo, son inseparables, siendo la segunda condición de la primera: sólo se puede ser feliz haciendo felices a los demás.

El objetivo último del obrar humano, además de la realización integral de la persona, es contribuir de forma activa a la dicha de todos los seres, aumentar la felicidad y disminuir el dolor y el sufrimiento en el mundo. Con todo lo que esto lleva consigo de colaboración al plan divino y a la armonía de la Creación. ¿Puede concebirse meta más alta para nuestras acciones que este hacer al mismo tiempo nuestra felicidad personal y la felicidad de los demás?

En su excelente ensayo sobre la felicidad, el profesor Enrique Rojas afirma que “el objeto de la felicidad es la realización plena de uno mismo”, lo que se concreta en dos puntos capitales; “haber encontrado la propia personalidad” y “tener en marcha el proyecto y programa que la vida es”. La vida feliz, según Rojas, descansa en el conocimiento y el amor: por el primero, “nos dirigimos de modo inteligente”, y por el segundo, “vamos hacia lo que es bueno”. La clave de todo está, pues, en hacer bien las cosas, en actuar con sentido, buscando tanto el bien propio como el bien ajeno. Será feliz quien actúe con generosidad, con coherencia y fidelidad a los propios principios, partiendo “de un recto juicio de uno mismo y de lo que nos rodea, ya que nadie puede ser feliz fuera de la verdad”. 12

En la recta acción está el cimiento y la llave de la felicidad. Mejor aún, la recta acción es la felicidad misma; pues, coincidiendo la felicidad con el bien, y siendo el bien el fin al que la acción recta (o acción buena) tiende, el fluido en el que se mueve, la sustancia de que se nutre y su fruto natural, la felicidad viene a identificarse con el recto obrar. La felicidad consiste en la realización de las más altas posibilidades latentes en el ser humano, en su perfección y consumación como persona o ser espiritual. Y la realización de sus más altas posibilidades, la perfección y consumación de su ser constituyen precisamente la meta de la recta acción.

De ahí que Aristóteles sostenga que “la felicidad es la actividad conforme a la virtud”. No es sólo que la

12. E. Rojas, *Una teoría de la felicidad*, Dossat, Madrid, 1985, pp. 29-42.

felicidad sea el fin o el fruto del bien hacer; es que la felicidad consiste en ese mismo bien hacer.

La recta acción tiene en sí misma su propia recompensa, como señalaran Séneca y Boecio. Y esta recompensa no es otra que el vivir feliz, la dicha del buen vivir que ensancha el alma del hombre, el gozo de ver que nuestra vida y la vida de los nuestros se llena de los más valiosos dones, traídos por el buen hacer o buen obrar. Así lo expresa Swami Prajnanpad, uno de los más autorizados exponentes del *Adhyatma-Yoga* en el presente siglo: “La felicidad no es algo que haya de ser buscado. Es el resultado de adoptar la recta acción. Si has hecho todo lo que estaba en tu mano (lo que siempre es relativo), te habrás realizado y no podrás menos de ser feliz”.¹³

Los que obran rectamente “se dan vida a sí mismos en virtud del bien que hacen”, sentencia San Gregorio Magno.¹⁴ Y San Bernardo tras proclamar que el hombre sabio es justo y obra con justicia, tanto en sus pensamientos, como en sus palabras y en sus hechos, califica de “agricultura de Dios” a la sabiduría que inspira este recto y justo actuar del hombre sabio. Una agricultura divina gracias a la cual puede el ser humano cultivar con arte y maestría la viña de su vida, para obtener de ella “el mosto de la obra buena” y “el vino de la alegría espiritual”.¹⁵ Es la misma verdad que encontramos en este mundo, y en el otro, en el de más allá; goza en ambos mundos; se regocija viendo la pureza de sus acciones”.¹⁶

Nuestra felicidad o desgracia dependerá de la sagacidad con que articulemos y organicemos nuestra vida activa. Sólo una actividad llevada a cabo como es debido, hecha “como Dios manda”- para emplear la elocuente y sabia expresión popular española- podrá hacer que nuestra vida no se malogre, sino, antes al contrario, sea una vida plenamente lograda, colmada de dicha y coronada por el acierto en lo que más importa. Una vida en la que podamos recoger el fruto sazonado de la realización interna y la plenitud personal. Y eso fruto no es otro que la auténtica felicidad, la felicidad duradera, que no se marchita ni sufre alteración; esa irradiante paz del ánimo que no se puede ver afectada por ningún contratiempo o acontecimiento exterior, esa sonrisa interior que es capaz de llenar de luz la vida entera de la persona y abarcar en un alegre abrazo la totalidad de la existencia.

13. R. Srinivasan, *Talks with Swami Prajnanapada*, Bharatiya Vidya Bhavan, Bombay, 1977, p.100.

14. San Gregorio Magno, *Regula pastoralis*, III, Cap. 25.

15. San Bernardo, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, 63, 1-3.

16. *Dhammapada*, I, 16.